

poesías y cartas de ladrón y monstruo y le satirizó por ser hijo de padres villanos, y á Marullo, bajo el nombre de Mabilio, le llamó crapuloso y hereje, rogándole que no se ahorcara para no hacer perder al verdugo sus emolumentos. Los dos atacados se vengaron ridiculizando á su contrario por su larga nariz y corrompiendo su nombre Policiano en el de Pulciano, que se deriva de la palabra latina *pulex*, pulga. Respecto de su nariz larga, contestó Policiano que la necesitaba para oler todas las faltas en los escritos de sus contrarios, y por este estilo siguieron su guerra.

Estas poesías batalladoras forman solamente una pequeña parte; en muchas otras cantó en latín el amor, el cual dice no puede arrancar de su corazón á pesar de sus esfuerzos; cantó también la poesía misma; enalteció á poetas de otras épocas y celebró las artes y sus representantes; dedicó bellí-

simos versos entre otros á Giotto, versos que demuestran su exquisito gusto artístico y la comprensión clara de su importancia. No hay que decir que dedicó su estro también á enaltecer á sus protectores y favorecedores, indicando á los morosos en términos muy claros que no habían hecho todavía efectivas las recompensas prometidas. Semejantes advertencias rudas no eran menester tratándose de su amigo Lorenzo de Médicis, que sabía dar y también recibir las muestras de gratitud. Una de estas no llegó á ver concluida, á saber, el gran poema épico de la guerra con la república de Volterra, territorio al cual Lorenzo de Médicis trató de incorporar á Florencia; pero además de esta obra apologética, dedicó Pulciano á su amigo y protector, casi todas sus obras neutrales, como su traducción de la *Iliada*, la *Giostra* y el *Orfeo*.



Busto de Lorenzo el Magnífico, de barro cocido. Encuéntrase en el museo de Berlín

La *Giostra*, ó *Stanze*, es un poema no concluido que en versos maravillosamente melodiosos, pero terriblemente instantáneos, canta el torneo dado por Julian de Médicis, hablando, en lugar del torneo, del cristianismo y gentilismo, de las glorias de la familia de los Médicis y de la ciudad de Florencia, todo salpicado abundantemente de alegorías y mitología.

El *Orfeo* es una pieza dramática destinada á solemnizar la entrada del cardenal de Mantua en Bolonia, en 1472. El autor escribió dos ejemplares de esta obra, uno condensado y corto, llamado *fábula*, y otro mucho más extenso, que llama *tragedia*. Es esta obra un melodrama dialogado, que, según un crítico moderno, tiene para la historia de las letras el mérito de ser el primer ensayo de secularización del drama. Representa la antiquísima leyenda de Orfeo, alargada con escenas pastoriles populares á fin de poner la leyenda más al alcance del pueblo, y embellecida con la introducción de un sátiro, á fuer de personaje semi cómico, que suaviza la parte más horrible de la historia. Eurídice apenas figura en la obra; huye, y después de su fuga se extiende la noticia de su muerte. En el Orco obedece pasivamente la resolución de los dioses de abandonar á Orfeo por haber incurrido en tal castigo por desobediencia. El infeliz no puede soportar esta pérdida, y en su desesperación jura que ninguna

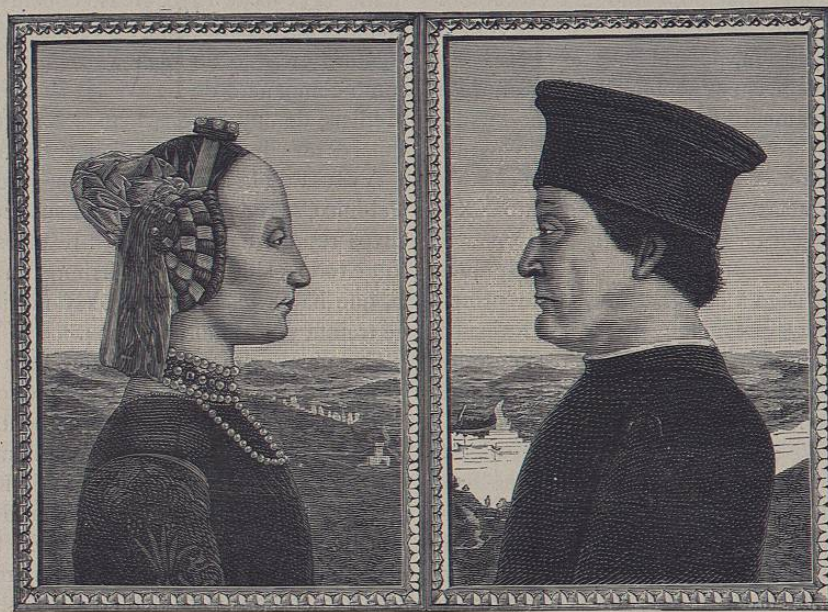
otra mujer ha de inspirarle amor, y por lo mismo no se lamenta sino que toma á dicha inefable, cuando las bacantes se apoderan de él y le despedazan al son de su canto salvaje, que su víctima escucha espirando con el deleite del hombre cuya desgracia no puede aumentarse ya.

La alegría, aunque no tan vertiginosa como la de las bacantes, reina también en las poesías menores, en las cuales Pulciano pinta la vida campestre, como la latina titulada *Rusticus*, en la cual merece particular atención el cuadro del otoño con la vendimia, y la canción del gitanillo en italiano.

Tanto por la analogía del apellido como por la semejanza de algunas cualidades literarias, conviene citar inmediatamente después de Pulciano á Luis Pulci, que siguiendo la costumbre de los humanistas de su tiempo, latinizó sus nombres en *Aloysius Pulcher*. Nació en Florencia el 15 de agosto de 1432 y murió en noviembre de 1484. Como miembro de una familia numerosa, muy ramificada y opulenta, tenía relaciones íntimas con Lorenzo de Médicis, en cuya corte era muy apreciado, y fué honrado con empleos administrativos y comisiones diplomáticas. Pulci, uno de los poetas italianos más clásicos y, tocante á la lengua toscana, el más castizo, era libre-pensador y genio satírico. En una de sus cartas se ríe de los percances que ocurrieron en unos funerales, y lo hace en un tono como si la ceremonia religiosa fuera la causante

de la desgracia. En otra carta, insta á su amigo Lorenzo á volver á ser cristiano y concluye con el saludo: «que Cristo os guarde,» mientras en otra parte se le escapa la frase de: «que Dios ó el diablo nos ayuden,» y en otra el saludo árabe chapurrado, *salamalech*. En sus sonetos, cuya elaboración miraba como «un don de que la naturaleza le había dotado,» no solamente satiriza la desfachatez é hipocresía de los frailes mendicantes, cosa que también criticaban las personas más ortodoxas y aun las más fanáticas de aquella época, sino que niega los milagros que cuenta la Biblia y se burla de las personas que creían en la inmortalidad del alma diciendo: «Estos hombres que tan apasionadamente discuten sobre el alma, sobre la manera de entrar el alma en nuestro cuerpo

y de volver á salir, y sobre los medios de que se vale para permanecer en él, se toman gran cuidado por simplezas singulares, y valiéndose de Platon y Aristóteles nos quieren convencer, con frases dignas de orates, que el alma descansará un día en paz, en armonía perpetua, al son de coros celestes. Contra semejantes aserciones hay que tener presente que el alma está metida en el cuerpo como las pasas en una torta, y que perece con él.» Después de varias otras salidas de este jaez, dice: «El que espera un paraíso lleno de goces celestiales é incomparables, se equivoca. Descenderemos al valle tenebroso sin entonar ni oír aleluya alguna.» Hay que observar que, por lo regular, es difícil discernir si habla en serio ó en son de burla.



Los retratos del duque Federico de Urbino y de su esposa Bautista Sforza. El cuadro original es de Pedro della Francesca, que vivió desde 1408 hasta 1494, y se encuentra en Florencia

La gran colección de sonetos polemistas contra Mateo Franco empezó así en son de broma y acabó muy seriamente. En su obra *La confesión*, se presenta Pulci como cristiano ferviente y pide perdón á la Virgen por las ofensas que le ha hecho.

En cambio, infinitos pasajes de su gran poema épico: *Il Morgante maggiore*, demuestran que Pulci era positivamente libre-pensador y muy poco ortodoxo; no porque se complazca, como se complace, en continuos ataques contra el clero, á cuyos miembros califica de hipócritas, ataques vulgares entonces y más siendo escritos cuando Lorenzo de Médicis estaba en cruda guerra con Sixto IV, sino por otras befas más serias, como decir que no podía ser verdad que los santos hubiesen vivido de langostas, porque Dios ya habría hecho llover para ellos maná; que á San Pedro por ser ya tan viejo le engañaban muchos para introducirse en el paraíso y que para vigilar debidamente la entrada del cielo, le sudaban hasta los pelos de la cabeza y de la barba. Por lo demás, los héroes principales del poema, Morgante y su compañero Margutte, no son en el fondo más que caricatura de varones santos; la conversión súbita al cristianismo de Morgante, á consecuencia de un ensueño en que los dioses gentílicos le repudian y le retiran su protección, es en realidad una mofa cruel de las conversiones que se refieren de muchos santos; y si quedara la menor duda sobre el poco respeto que le merecían las cosas más sagradas, la destruiría la siguiente salida: «No creo en el color negro más que en el azul, pero

creo en buenos capones, en manjares cocidos y asados, á veces en mantequillas y también en cerveza, y á falta de esta en mosto, pero más en el seco que en el dulce, y sobre todo creo en el buen vino y hasta estoy convencido de que los que creen en él se salvan. Creo en tortas y en pasteles; aquellas son las madres y estos los hijos; pero el verdadero Padre-nuestro es el hígado frito, tanto si es trino como si es doble ó uno; y si Mahoma ha vituperado y prohibido el uso del vino, creo que esto es un ensueño ó una ilusión vana.»

Por fortuna para Pulci, no consiste su mérito principal en estas befas y sátiras, aunque abundan mucho en la obra, sino en sus discursos serios, como las discusiones teológicas que pone en boca del mágico Malagigi y del espíritu maligno Astarot, evocado por aquel, discursos que se creen plagados de Marsilio Ficino. En estas discusiones se expresan ideas liberalísimas muy trascendentales y muy distantes de las doctrinas estrictas de la Iglesia, como por ejemplo las siguientes (canto XXV, págs. 236 hasta 238): «La intención es la que santifica y condena, es decir, que el que observa bien su ley, será recompensado.» También proclama su convicción de que las diferentes religiones no son creencias opuestas y enemigas, que han de batallar para probar su verdad superior, sino que son modos de ver distintos, que en concurso pacífico conducen paso á paso á la verdad única. Así es que en el poema de que tratamos se dirige la hermosa Antea, mujer gentilica, á los cristianos, en el canto XVI, diciendo: «Aquel Dios que creó el cielo y la tierra, la natu-



raleza y los astros, el sol y la luna; el Dios que cuando quiere abre y cierra los abismos, alumbra la atmósfera y la oscurece; el Dios benigno y justo, que nunca yerra, al cual todos acuden pidiendo les haga felices, sin que nunca se den por contentos, este Dios os guarde y os proteja.»

Pulci compuso este poema épico-cómico para las tertulias de los Médicis, por invitación y bajo la protección de Lucresia Tornabuoni, la cual murió sin ver la obra concluida, pero el autor hizo su elogio completo en el canto XXVIII, que es el último del poema. Allí la describe como princesa tan eminente que el poeta no encuentra palabras bastante propias para enaltecerla, que el mundo no puede apreciarla en todo lo que vale, y suplica a los ángeles que proclamen su fama por todo el ámbito de la tierra. La lectura de cada canto iba precedida de una oración, como era costumbre entonces de todos los improvisadores y lectores, y se rezaba esta plegaria con toda devoción, pues el ama de la casa era muy devota. Los hombres más eminentes de la corte y de la tertulia se interesaron vivamente por esta obra, como Ficino, Bernardo Bellincioni y Antonio Alemanni, con cuyo auxilio y consejos contaba el autor, como dice él mismo en el canto último; da también las gracias a Policiano en el canto XXV por haberle indicado algunas fuentes donde informarse, porque Pulci era muy poco escrupuloso en aprovechar obras de otros autores, y hasta llegó a copiar para la parte principal de su obra, poco menos que literalmente, como Rajna ha probado recientemente, todo un poema caballeresco escrito en su propio siglo. Sin embargo, Margutte y sus relaciones con Morgante son invención propia del autor.

Esta obra: *El gran Morgante*, es una sátira de la caballería, que con sus ideas extravagantes y falsas y su brutal insolencia debía excitar la indignación, y toda tentativa de resucitarla debía parecer ridícula a los florentinos, gente mercantil, práctica, que viajaban por tierras lejanas y contaban con un brillante areópago intelectual de escritores, hombres de ciencias y artistas. Antes de Pulci habían ridiculizado ya otros novelistas, como Sacchetti, la vanidad de los tenderos florentinos de pavonearse en traje de caballeros y organizar torneos; pero Pulci lo ridiculizó todo, sin perdonar ni a Dante ni a Petrarca. De estos dos poetas se burla de una manera igualmente distante de la veneración fanática de sus admiradores modernos que de la envidia mordaz de los humanistas del Renacimiento. Poco respeto mostró a la antigüedad, porque contando el hecho de que empeñándose Morgante en cargar con el caballo al cual ha reventado con su propio peso, le previene Roldan que el caballo, aunque muerto, podría vengarse, como hizo el centauro Neso, y añade: «Por supuesto, ignoro si has oído hablar de esta historia o si la has leído.» En otros pasajes se refiere a personas y cosas de la antigüedad con pormenores que denotan el profundo conocimiento que de ellas tenía, pero salpicándolos con observaciones muy irrespetuosas. Todo esto autoriza a creer que el personaje de Margutte es también una caricatura de los innumerables helenos que en Italia se daban importancia con su idioma y sus escasos conocimientos literarios griegos, pero que se habían hecho antipáticos y repugnantes a los florentinos con su petulancia y su vida disoluta e inmoral. El tal Margutte es natural de Grecia, pero no sabe a punto fijo quiénes fueron sus ascendientes; es inmoderado en la bebida y comida, es inmoral, está manchado con todos los crímenes y reventado de risa al ver a un mono que se pone una de sus botas. Pulci no puede manifestar mejor su falta de entusiasmo por la antigüedad clásica en general que declarando, como lo hace en el último canto del *Gran Morgante*, que para él tiene Turpin tanto mérito como Horacio, y diciendo al final: «No pido ningún ramo de laurel para mí, como

los griegos y romanos, porque otros vendrán con otro estilo, con cítara mejor y maestros superiores; yo vivo entre encinas y labriegos, sin que jamás me haya ocurrido acudir al Parnaso.»

En el último canto dice también al final: «Omito muchos héroes y cosas sublimes y dignas porque no puedo acompañar a los primeros a todos los puntos donde tremolaron sus banderas y donde alcanzaron sus victorias, pero si la muerte no me lo impide, conocerá el mundo estas historias tales como sucedieron y cantadas en otros versos y con otra lira.» Supónese que alude al libro de caballerías titulado: *Ciriffo Calvaneo*, que describe las guerras del tiempo de Luis IV, rey de Francia, apodado de *Ultramar*, es decir, del período desde el año 921 hasta 954; libro que se ha atribuido, sin razón, al hermano mayor del autor, Lucas Pulci, que vivió desde 1431 hasta 1470. Acaso concluyó otra obra de su hermano, el poema que canta las «Justas de Lorenzo de Médicis.» Además escribió un poema pastoril, la *Beta de Dicomano*, como compañero de *La Nencia de Barberino*, de Lorenzo de Médicis, de cuya poesía hemos hablado ya; solo que la de Pulci es más divertida y se fija menos en describir la vida rural.

A causa de la afición de Lorenzo de Médicis a la filosofía platónica, se trataba también en sus tertulias de cosas serias, cuyos representantes eran, entre otros, Ficino, Landino, y sobre todo, el joven y celebrísimo Juan Pico de la Mirandola, que había nacido en 1462 y murió a la temprana edad de treinta y dos años, en 1494.

Cuenta el primer biógrafo que tuvo Pico de la Mirandola y que fue su sobrino Juan Francisco, que «su madre, la bella Julia de Sandiano, estando sentada y ocupada en sus labores, vio sobre su cabeza una llama circular que pronto se apagó.» Era el presagio exacto de lo que sería el hijo que después dio a luz, lumbrera resplandeciente y de corta duración. Juan Pico de la Mirandola fue, en su juventud, amante de los placeres y de las mujeres, y favorito de estas; pero a medida que se dedicó a los estudios, apartóse de los goces terrenales. Policiano dijo de él: «Era elocuente y virtuoso, una lumbrera divina más bien que un mortal,» y su sobrino le caracterizó así: «Era joven, bello, alto, elástico en sus movimientos; tenía el cabello rubio claro, ojos muy azules y dientes blanquísimos. Toda su persona reflejaba una mezcla de dulzura angelical, de púdica castidad y de bondad seductora que encantaba la vista y le atraía todos los corazones.»

La misma impresión que su persona, hicieron sus obras, de las cuales son particularmente célebres tres, las 900 tesis con su apología o justificación, el escrito contra los astrólogos y el tratado sobre la dignidad del hombre.

El objeto esencial de las 900 tesis es el estudio de las relaciones que existen entre la sociedad griega y la israelita, y la conciliación entre estas dos potencias civilizadoras. Para esto había estudiado Pico expresamente la lengua hebrea, y no superficialmente, para poder leer la Biblia y el Talmud, sino también la ciencia profunda y secreta de la Cábala que le explicó un profundo filósofo judío Elías del Medigo. Este y otros maestros judíos le comunicaron muchos secretos referentes a las fuerzas sobrenaturales. Por esto tuvo también Pico de la Mirandola el valor de hacer frente a la preocupación, rancia ya en su tiempo, de que los judíos eran incapaces como maestros e indignos de vivir en sociedad con los cristianos. De estos estudios hebraicos sacó Pico de la Mirandola, al revés de los doctores judíos, las pruebas de la pureza y verdad de la doctrina cristiana, de la Trinidad divina de la Encarnación del Verbo, de la llegada del Mesías y del pecado original (1).

(1) Por esto tituló sus 900 tesis, publicadas en 1486 en Roma: *Conclusiones philosophicae, cabalisticae et theologicae.*

(N. del T.)

Esta obra, para aquella época una maravilla, fue ensalzada como tal unánimemente; mas para la historia de la época, es más interesante su escrito contra la astrología. Ya muchos la habían satirizado; no pocos que anteriormente creían en ella, la ridiculizaban también, y otros habían tratado de fundar su guerra contra ella en razones sólidas, pero nadie lo había hecho con tanta precisión, claridad ni de un modo tan completo como lo hizo Pico de la Mirandola. Este empieza por declarar la astrología fuente de impiedad y de corrupción de las buenas costumbres, demostrando que los que creen en la influencia de las estrellas, ahogan en el corazón la fe en una dirección superior y con ella todas las virtudes. Luego, descendiendo a pormenores, prueba la falsedad de los pronósticos del tiempo que sacan los astrólogos de su ciencia, y finalmente, opone a esta última una teoría de un gobierno universal cristiano, y otra del libre albedrío.

Todo esto es grandioso y admirable para aquella época; pero aunque nada de esto hubiese, bastaría por sí sola su obra: *La Dignidad del Hombre*, para inmortalizar a su autor. En ella establece lo que es el hombre y su relación con Dios poco más o menos en los términos siguientes: «Dios creó al hombre el último día de la Creación a fin de que conociera las leyes del universo, amara su hermosura y admirara su grandeza. No limitó al hombre a un punto determinado, ni a funciones ni necesidades invariables y fijas, sino muy al contrario, le dio movilidad y libre albedrío, diciendo a Adán: Te he colocado en el centro del mundo a fin de que puedas pasear fácilmente la vista a tu alrededor y ver lo que el mundo contiene. Te hice un ser que ni es celestial ni terrenal, ni mortal ni inmortal, a fin de que fueses tu propio director y maestro independiente y de que pudieses vencerte a tí mismo, porque puedes degenerar en bruto y elevarse a una perfección casi divina. Los animales al nacer vienen provistos de lo que necesitan y los espíritus superiores son desde un principio o poco después lo que serán hasta la consumación de los siglos; únicamente tú tienes delante de tí un desarrollo, un crecimiento que depende de tu voluntad; tienes en tí los gérmenes de todos los desarrollos.»

Este genio era demasiado grande para su tiempo, y en lugar de ser venerado como un santo, o cuando menos como un sabio admirable, algunos eclesiásticos declararon sus 900 tesis graves y otros señalaron trece de ellas como heréticas, una de las cuales era la de que Cristo no bajó a los infiernos en persona, sino solamente en acción; otra la de que los pecados mortales, siendo como son actos temporales, no pueden en justicia ser castigados con penas eternas; y la tercera que las palabras de la consagración: «Este es mi cuerpo,» etcétera, no deben entenderse material sino figuradamente. Estas y otras tesis fueron calificadas graves por la comisión, casualmente benigna y tolerante, no como doctrinas absolutas, planteadas por un cristiano caviloso, sino como tesis sujetas a discusión. Conforme a este dictamen, contentóse el papa Inocencio VIII con prohibir las 900 tesis con una nota muy lisonjera para Pico de la Mirandola, a cuyo carácter y talento hizo justicia. Posteriormente, en 1493, el papa Alejandro VI anuló la sentencia de su predecesor, con lo cual alivió el oprimido corazón de Pico de la Mirandola, hombre piadoso y gran partidario del pontificado.

El célebre Jerónimo Savonarola, que había nacido en Padua el año 1452 y murió a manos del verdugo y quemado en la hoguera el 23 de mayo de 1498, entró fraile en 1475 y se trasladó en 1482 a Florencia, donde trabó amistad con Pico de la Mirandola, de cuyo escrito contra los astrólogos hizo un extracto y presenció la redacción de su testamento; pero esto no le privó de expresar su opinión después de la muerte de Pico, al cual no pudo perdonar el no haber entra-

do en su orden, diciendo que así se había cerrado la entrada en la gloria eterna, bien que después se allanó a creer que el difunto había encontrado un puesto en el purgatorio.

Dos son los principios fundamentales que constituyen el carácter y las obras de Savonarola: el fanatismo religioso-moral y el político-democrático. Entró en un convento de la orden de Santo Domingo, según escribió a su padre, a causa de la gran miseria del mundo, de la injusticia de los hombres, de la inmoralidad, de los adulterios, de la soberbia, de los latrocinios y robos de grandes y pequeños, de la falta de fe y de la impiedad, que habían llegado a su último extremo. Sus sermones eran enérgicos y tendían a una reforma de costumbres en sentido moral y religioso, a excitar al pueblo contra los tiranos, a despertar la idea de una Italia unida y a anunciar en tono profético la invasión de la Italia por un rey extranjero.

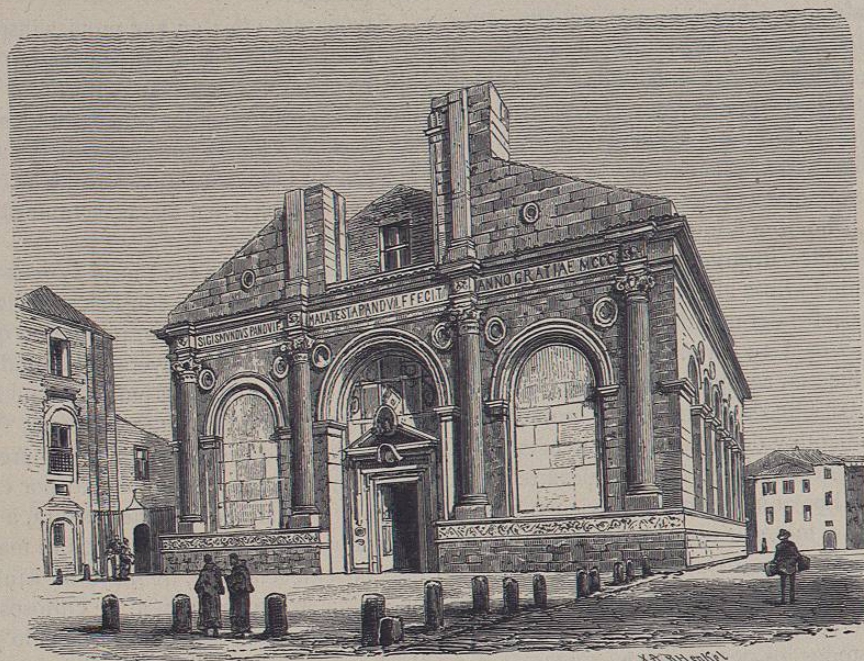
Savonarola creía en sus propias inspiraciones; fue soldado de la verdad hasta la muerte y enemigo de toda falsedad y de apariencias engañosas. Impertérrito e inflexible en la lucha contra los contrarios más encumbrados, atacó osadamente y sin consideración la corrupción de los papas y de su gobierno. Era un predicador, maestro de elocuencia, que arrebatava y arrastraba a las masas, comunicándolas el ardor de su convicción.

El 8 de abril de 1492 murió Lorenzo de Médicis después de haber recibido los consuelos de la religión, pero no la absolución de Savonarola, porque no quiso ceder a sus instancias para que restituyera la libertad al pueblo; habiendo ya cedido a ellas en otros puntos, como la restitución de tesoros adquiridos injustamente. Entonces fue Savonarola el ídolo del pueblo, que versátil como siempre, le abandonó cuando le vio en desgracia, excomulgado por el papa y condenado, después de catorce días de tortura, a ser ahorcado y luego quemado, con dos de sus parciales más adictos. Fue ejecutada la sentencia el 23 de mayo de 1498. La multitud, compuesta en su mayor número de curiosos, llenaba la plaza esperando ansiosa gozar del espectáculo prometido, y cuando las llamas de la hoguera envolvieron ya los cuerpos de los ahorcados por el verdugo, estalló el populacho bestial en un formidable aullido de triunfo que no dejó oír los sollozos oprimidos de los partidarios creyentes y firmes, aunque pocos, que se aproximaron con precaución a la hoguera para llevarse alguna reliquia. Un testigo ocular escribe que la plebe feroz había arrojado piedras a las víctimas, antes de ser consumidas por las llamas, en tanto número que las cubrieron, derramando su sangre e intestinos, «como si lloviera.»

Este fin tan desgraciado y la ingratitud del pueblo no bastan, sin embargo, para conceder a Savonarola los honores de mártir, como tampoco merece ser calificado de reformador. Protestó, como tantos otros, contra el pontificado en sermones y escritos, pero era uno de los partidarios más firmes de la escolástica, poder considerado por los protestantes tan peligroso como el mismo papado. Tampoco puede ser considerado Savonarola como hombre del Renacimiento, porque si bien sabía manejar hábilmente el latín y compuso algunas poesías latinas, no por esto merece ser incluido en el gremio de los humanistas, pues que le faltaban el respeto y la veneración que el verdadero humanista debe a todo lo que forma parte del mundo antiguo clásico. Que Savonarola no profesaba ese respeto lo prueba el siguiente pasaje de uno de sus sermones: «Lo único bueno que han hecho Platon y Aristóteles es haber reunido gran número de argumentos que pueden servir contra los herejes. Ellos, lo mismo que otros filósofos, están en el infierno. Una vieja cualquiera sabe más de la fe que Platon, y para la fe sería preferible que se quemaran muchos libros, por útiles que parecieran por otros con-



ceptos. Cuando había menos libros, y menos argumentaciones y disputas, creció la fe mas lozana que ahora.» La misma distancia y oposicion al espíritu del Renacimiento resaltan en todos sus demás principios y tendencias, porque queria la sumision completa del individuo al poder de la Iglesia, mientras el espíritu del Renacimiento tendia al desarrollo de las inclinaciones y fuerzas individuales; Savonarola queria que el gobierno civil, los Estados y colectividades políticas se gobernasen conforme á los dogmas de la Iglesia, mientras el movimiento moderno imponia otros principios segun las exigencias y condiciones de las circunstancias; Savonarola pedia una moralidad adaptada estrictamente á los preceptos de la Iglesia, y la nueva era queria apropiarse, además de la moral cristiana, los sentimientos más nobles de la antigüedad, aunque pugnaban alguna que otra vez con aquella.



La iglesia de San Francisco en Rimini

y detertulias alegres y graves, y aquel, organizador del célebre auto de fe del día de carnaval del año 1497, en que hizo llevar y amontonar en la plaza pública, por niños y grandes, toda clase de libros y de objetos de arte, imágenes, adornos, y los quemó en medio de los cantos alegres de los niños. El principio de Savonarola era: «La fe todo lo hace y lo vence todo; ella hace despreciar la vida terrestre porque sabe que le aguarda la celestial. El verdadero cristiano no teme la muerte, sino que la desea.» Lorenzo de Médicis, en cambio, era, como ya sabemos, todo lo contrario. Lo sobrehumano é inhumano de los principios de Savonarola cautivan, arrebatan y elevan, sí, pero transitoriamente, mientras la participacion en todo lo que es bello, bueno y verdadero, aunque todo sea transitorio, atrae y vivifica el espíritu del hombre, y con razon escribió Lorenzo en una cancion carnavalesca: «¡Qué hermosa es la juventud y qué presto huye! El que quiera alegrarse que se alegre, porque el día de mañana quizás no sea nuestro.»

## CAPITULO XI

## URBINO

Después de Florencia y de Lorenzo de Médicis, merecen nuestra atencion Urbino y Federico de Montefeltro.

«Como un águila,—dice de este último un historiador moderno,—elevóse por encima de todos los miembros de su fa-

Savonarola queria ver la mujer sometida al hombre é inferior á él, limitada á sus funciones propiamente femeninas; mientras el espíritu moderno tendia á emancipar á la mujer, á celebrarla en poesías y hacerla partícipe y colaboradora de las artes y de las letras. También queria ver Savonarola al hombre limitado á la gleba que le vió nacer, á su lugar ó patria reducida, y la era nueva conducia al cosmopolitismo, á ensanchar todos los horizontes y á derribar las vallas trazadas por el hombre; es decir, que Savonarola aspiraba á todo lo que reducía el campo de la inteligencia y de la acción del hombre, cuando el genio del Renacimiento tendia á la completa libertad del pensamiento, de la palabra y del individuo.

El contraste entre las dos tendencias se personifica en sus dos prohombres, Savonarola y Lorenzo de Médicis; este, hombre vividor y amigo de fiestas, de artes, de honesto solaz

milia.» Su hermanastro Odon Antonio, único hijo del matrimonio legítimo del duque Guido, había sido asesinado por el pueblo, habiendo gobernado un año apenas. El pueblo tenía deseos de constituirse en república, pero temiendo que esta forma de gobierno no tuviera fuerza bastante para defender al país contra sus vecinos, Segismundo Malatesta y el terrible Piccinino, que lo tenían en continua zozobra, prefirió elegir para soberano á Federico, hijo natural del duque penúltimo, pero legitimado por una bula del papa. Antes, sin embargo, de permitirle que pusiera el pie en el ducado y en la capital, lo cual hizo en 23 de julio de 1444, le hizo firmar y jurar una capitulación de veintiun artículos, en los cuales se obligó á olvidar todo lo pasado, á conservar los antiguos privilegios y fueros, á dejar elegir por el pueblo los priores (presidentes de sala de los tribunales) y darles una casa nueva; á rebajar los impuestos y no eximir á nadie de ellos, á invertir una tercera parte de los ingresos en la fortificación y embellecimiento de la ciudad, á elegir á los comandantes militares de entre los ciudadanos, á nombrar dos médicos municipales con la obligación de asistir gratis á los enfermos, y á llamar é instalar á un maestro de escuela, con ayudante idóneo y práctico.

Cuando Federico tomó las riendas del gobierno tenía veintidos años. Había sido su maestro el eminente Victorino de Feltre, el cual previó que su discípulo sería un hombre célebre; y trató de aquietar su impaciente orgullo juvenil con las pala-



Palacio de los Duques, en Urbino